

## 7

# ESTANCIAS MESTIZO-CRIOLLAS

*Ana Camblong*

*“En estas modulaciones del devenir mestizo  
que descansan en esas minúsculas uniones o  
en ínfimas desviaciones de tonalidad o luminosidad,  
lo que debe tomarse en cuenta es el ritmo.”*

**F. Laplantine - A. Nouss**

*Mestizajes. De Archimboldo a Zombi*

**anacamblong@arnet.com.ar** Doctora en Letras (UBA) Titular de las cátedras de Semiótica I y II, Carrera de Letras, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Misiones. Directora del Programa de Semiótica, de la Maestría en Semiótica Discursiva y de la Especialización en Alfabetización Semiótica en las fronteras. Premio Nacional Producción 1993-1995 de Filología, Lingüística e Historia de las Artes. Trabaja en Políticas Lingüísticas. Crítica literaria especialista en la obra de Macedonio Fernández. Presidenta de la Asociación Argentina de Semiótica. Rectora del Instituto Superior Centro de Estudios y Servicios –CES– Publicó *Mapa semiótico para la alfabetización en la Provincia de Misiones* (2006). En prensa: *Alfabetización semiótica en las fronteras*.

**RESUMEN**

En el siguiente trabajo se analizan características semióticas de las *estancias mestizo-criollas* a partir de frases coloquiales propias del dialecto local y de rituales cotidianos. Con el mismo criterio se exponen postulados de lo que denominamos *umbrales escolares* (cronotopos de crisis y de pasaje) en zonas rurales, fronterizas y bordes mestizo-criollos.

**PALABRAS CLAVES**

- > crono-topos
- > semiosfera
- > mestizo-criollo
- > cotidiano
- > estancia

## 1. "ESTAR NOMÁS"

La exitosa noción del cronotopo ha transmigrado no sólo de la física a la teoría literaria, sino también a otros campos disciplinares y otras utilidades en diversos mundos socioculturales. El inextricable ensamble de tiempo-espacio en un mismo concepto permite interpretar con mayor rigor prácticas semióticas inmersas en tales dimensiones simultáneas y acopladas. Una vez adoptado este dispositivo, resulta conducente para nuestros propósitos insertarlo en la continuidad de la semiosis infinita propuesta por Peirce, porque la dinámica de este postulado convierte al cronotopo en un proceso sostenido. Desde luego, el concepto bajtiniano responde también a una teoría cuyos enunciados de base conciben encadenamientos semióticos materiales, interactivos y continuos. Precisamente, de ahí la compatibilidad de esta articulación. Pero el enfoque lógico-matemático aportado por Peirce en la concepción del continuo, abre una vía analítica en la argumentación que intentamos compartir.

Antes de adentrarnos en las definiciones, quizá convenga advertir que traemos a colación el concepto de semiosis infinita porque los mundos periféricos de provincia y mestizo-criollos a los que nos referimos, tienen una nítida conciencia de este devenir incesante, este discurrir de confines equívocos, deslizantes y flexibles en su experiencia diaria. El decurso de la vida cotidiana en dichos bordes se plasma en ritmos corporales, de trabajo, de esparcimiento, de descanso, en vivencias temporales y distribuciones espaciales condensadas en giros dialectales propios de la zona que escenifican la familiaridad de los protagonistas con su estancia en infinito. Seleccionaremos frases consolidadas del dialecto coloquial, variante del español-argentino estándar con presencia mixturada de guaraní y portugués, como emblemas que condensan el sentido de costumbres muy antiguas y resistentes. Si bien nos referimos específicamente a la Provincia de Misiones - Argentina, ubicada como una cuña territorial entre Paraguay y Brasil, nuestras interpretaciones podrían tenerse en cuenta para otros universos fronterizos con poblaciones mestizo-criollas.

Retomando la reflexión de Peirce (1988: 262) anotamos:

Si en un continuo se incluye una serie de puntos hasta un límite, se incluye el límite. (...) un corolario obvio: todo continuo contiene sus límites. Como matemático prefiero el

método de los infinitesimales al de los límites, en la medida en que es más fácil y está menos infestado de trampas. (...) los números inconmensurables suponen un lugar infinitésimo de decimales. La palabra infinitesimal es simplemente la forma latina de infinitésimo, es decir, es un ordinal formado de *infinitud*; como centesimal lo es de *centum*. Por tanto, la continuidad supone cantidades infinitesimales. (1988: 262-3).

Trataremos de eludir “trampas”, no obstante permanecemos entrampados en ambos razonamientos, válidos para pensar el continuo: límite incluso y ordinales infinitésimos. ¿Por qué? Porque en las secuencias habituales, en la cadencia dialectal, en la variación infinita de las prácticas locales se percibe, se siente y se experimenta tanto la conciencia del deslinde incluido en corrimiento perpetuo, cuanto la sutil variación infinitesimal. Hay una instalación efectiva y consistente en esta corriente biosemiótica que hace culto del deslizamiento y del cambio infinitesimal. La heterogeneidad poblacional, la coexistencia de modalidades diversas, la variación intercultural del mestizaje constante en modalidades lingüísticas y rituales de vida práctica, permiten experimentar la variación que juguetea con límites disponibles y el corrimiento infinitésimo de las determinaciones. Los habitantes de dicha semiosfera (Lotman, 1996) *se dejan estar* con parsimonia y displicencia en esta corriente cronotópica de estados en secuencias resbaladizas. Nada más revelador que el estereotipo acuñado por las exigencias del orden moderno cuyo imaginario estimulado por la voluntad de poder, la disciplina y el progreso, ha convertido el “no dejarse estar” en ley suprema. Por esta vía, el modo mestizo-criollo se estigmatiza y se menosprecia por la “dejadez” de “estos dejados”.

Interpretar la descalificación del coloniaje moderno a contrapelo, desemboca en la reconsideración del *dejarse estar* como una modalidad diferente. La *estancia mestizo-criolla* de estados en continuo, evita la dialéctica entre “ser o no ser” y prefiere habitar el mundo –su mundo– en un discurrir que “está y no está” simultáneamente. El *dejarse estar* no es un abandono, ni una renuncia, ni el *estar arrojado* heideggeriano, sino un modo de vivir la presencia efectiva del cuerpo en el cosmos, de la ocupación ‘natural’ del tiempo-espacio que deparó la contingencia a cada cual. Si interpelamos a alguien en cualquier circunstancia con la pregunta *¿qué está haciendo aquí?* El interpelado podrá contestar aduciendo algo perfectamente atendible: *Y yo estooy nomás...* Se puede *estar*

*nomás* en la intimidad del hogar, en un espacio público, en el trabajo, en una fiesta, en una clase, es decir, se trata de una actitud, una disposición anímica, una experiencia intransferible que hace de la mera existencia una sensación tangible y un logro. El recorte descontextualizado de la muestra dialectal arriesga el despojo de su potencia semiótica, sin embargo apostamos en sentido contrario, consideramos factible explicar en algún aspecto, a través del artificio metalingüístico, las implicancias simbólicas de una manera de instalarse en el mundo. *Estar nomás* y *dejarse estar* configuran una tonalidad de los infinitos matices del plexo semiótico de la *estancia mestizo-criolla* caracterizada por correlatos movedizos del transcurrir laxo en un continuo de estados en derrame.

Resulta dificultoso poner en relieve y describir la tensión entre *estar nomás*, que podría remitir a cierta permanencia estática y el *dejarse estar* que parece aludir a una inmersión en el devenir. Efectivamente, ambos sentidos se mantienen en tensa simultaneidad de paradoja mestiza, como testimonio antropológico de la existencia obstinada del *sobreviviente* que ocupa espacio y persiste en su saber histórico, de memoria corporizada en actitudes e idiosincrasias sedimentadas a través de muchas generaciones. Las constelaciones semióticas ensamblan sus tembladeras infinitesimales en cronotopías de escasa comprensión para los ordenamientos racionalistas y nominalistas; las determinaciones no hacen más que potenciar lo indeterminado, la dinámica de la vida práctica impone su sinergia y sus ejecuciones, hace lo que puede y *lo que se le da la gana*, las exigencias *habitualiter* demandan interpretaciones pragmáticas.

Decimos *sobreviviente* no sólo refiriendo a los rigores del hambre y la precariedad en todas sus formas, sino también a las imposiciones del coloniaje simbólico, a las humillaciones infligidas por el etnocentrismo (principalmente europeo), a las manipulaciones del centralismo metropolitano y a tantas otras miserias convertidas en el pan nuestro de cada día. La dimensión ética y política de la *estancia mestizo-criolla* conlleva fricciones de antigua data, traducidas en juicios acerca de una "idiosincrasia incomprensible", una "modalidad enigmática", un "contrasentido inmotivado", una "obstinación inexplicable" para las miradas centrales. El exotismo *a la moda* no logra interpretar estas contestaciones extravagantes e inasibles *a la criolla*. En los últimos tiempos, la documentación testimonial ha dejado en carne viva el espanto aterrador de los campos de concentración, afrenta máxima a la condición humana, no

obstante, los campos políticos del capitalismo concentrado reinciden en sus exclusiones desconsideradas. Hablemos pues de estos campos de concentración con bordes escarnecidos por violencias y vejaciones en continuidad. Algunas condescendencias frívolas y oportunas de *papers*, de publicaciones y de cónclaves variopintos políticamente correctos, provocan apenas una vuelta de tuerca en el torniquete de la otredad.

En la vereda de enfrente, los vecinos del confín local, aguerridos aguantadores del *ninguneo* del poder, sacan sus sillones y toman mate, conversan largo y tendido, se ríen de sí mismos y de los que mandan, ejercen su derecho al relato infinito y se deciden a *estar de balde*. Una vez más la joyita coloquial planta bandera polémica con el menor gasto posible: *estar de balde* es un arte, es un derecho, es una resistencia, es una burla sarcástica, es una estrategia bien diseñada por la soberanía de la *estancia mestizo-criolla*. Traemos a colación el antiquísimo ritual (en lenta retirada), porque su vigencia en este atribulado presente, alega sobre la defensa de una cronotopía distinta y propia. Se trata de una práctica que ocupa el espacio público y privado a la vez: se está en la vereda propia pero a la vez con los otros. Un *convivium* cotidiano que se comparte con la familia (todas las edades se integran) y con la vecindad. Los vecinos pasan, saludan, conversan un rato y siguen, o bien se instalan con entera confianza a tomar el mismo mate, o el mismo tereré (mate con agua fría en días de calor). ¿Qué hacemos en la vereda? Nos *dejamos estar* y cumplimos cabalmente con la consigna revulsiva y execrable para el sistema: *estamos nomás*, es decir, *estamos de balde*. El conjunto del ritual escenifica todo un clima de la *estancia mestizo-criolla*, en tanto desafío a los estrictos tiempos modernos y a los aceleramientos posmodernos, una distribución de espacios que quiebra las fronteras de la oclusión privada y del encierro temeroso a la inseguridad que viene del otro... Los que *están de balde* se muestran distendidos, confiados, las puertas de sus casas permanecen abiertas hasta la noche, a veces muy tarde. Este cronotopo público-privado, propio-ajeno, individual-colectivo, de duraciones variadas (se puede estar media hora o bien toda la tarde hasta la noche, también en mañanas veraniegas muy temprano), de serena repetición e infinita raigambre en el imaginario local, atesora sutiles filigranas de una semiosis que se desliza en ritmos conversadores y en el sentido del humor siempre presente, hasta para comentar la tragedia. Cabe ponderar que adolescentes y jóvenes

mantienen el ritual con renovado vigor: los grupos ocupan espacios públicos de la costanera, de las esquinas y las veredas en infinitas reuniones con el infaltable mate o tereré, infusión emblemática de amistad y el *estar de balde*, dos valores capitales de la cultura mestizo-criolla. Si bien es cierto que el mate y el tereré acompañan también el trabajo, el estudio y la soledad, no es menos cierto que su carga semiótica de memoria ancestral enclava en el compartir solidario, íntimo, amistoso y en el *dejarse estar* con otros y consigo mismo/a.

## 2. "NO ME HALLO MISMO"

Retomamos el planteo anterior –cronotopos inmersos en la semiosis infinita de la *estancia mestizo-criolla*– y prestamos atención a otro postulado de Bajtín (1989: 399) referido al *umbral*: "Citaremos aquí un cronotopo más, impregnado de gran intensidad emotivo-valorativa: el umbral. Éste puede ir también asociado al motivo del encuentro, pero su principal complemento es el cronotopo de la crisis y la ruptura vital." El concepto inscripto en una teoría de los géneros, en particular de la novela, transmigra a nuestras propias búsquedas acerca de las dinámicas semióticas de poblaciones fronterizas, mestizo-criollas, rurales y de provincia. La translación teórica resultó mucho más productiva y eficaz de lo que nos habíamos imaginado en el tímido arranque de nuestro trabajo. La noción de *umbral* se convirtió en una clave para investigar, abrir y desplegar cada vez con mayor cuidado la delicada e intrincada trama de los *encuentros-desencontrados* entre niños provenientes de poblaciones fronterizas y la cultura escolar, con el propósito de investigar las dificultades de una alfabetización poco transitable, tanto para la experiencia infantil, cuanto para la endeble relevancia de logros educativos.

Una apretada síntesis de las definiciones que asignamos a los *umbrales escolares*, permitirá luego correlacionarlas con alguna frase típica del dialecto local. La definición de *umbral* se hace cargo de la emergencia de una discontinuidad intensa (se detecta una diversidad enorme de gradaciones), que irrumpe en la *continuidad del mundo-niño* en su hábitat, en su nicho protegido, en su caldo de cultivo, en su *sopa semiótica* cotidiana. Si bien la continuidad constituye un pos-

tulado de base, nunca más pertinente y consistente que en las configuraciones del *mundo-niño*, sobre todo si se trata de niños provenientes de zonas rurales, fronterizas o mestizas. La interacción primaria, familiar y vecinal, amalgama una semiosfera de incomparable incidencia en los aprendizajes que marcan irreversiblemente la inserción de cada cual en su mundo. En dicha continuidad la relevancia omnímoda de la lengua materna-familiar sella los correlatos de un universo en entera aceptación de la contingencia. Si hay algo que un niño *no siente* es la necesidad de cuestionar, negar o abominar de su lengua materna. Este continuo aprendizaje de discontinuidades, podrá tener múltiples interrupciones y rupturas, pero nuestro interés recorta el inicio de la escolaridad. En efecto, en zonas fronterizas los niños llegan a la escuela instalados en semiosfera distantes de la cultura escolar y hablando “otra lengua” diferente de la oficial. Las variantes son muchas pero enumeramos las principales: a) hablantes de variaciones dialectales mestizo-criollas con base de español-argentino estándar; b) hablantes de portuñol, mezcla dialectal fronteriza de español-argentino y portugués-brasileño; c) hablantes de guaraní yopará (mixturas con español); d) hablantes de alemán (familias que conservan en el hogar la lengua europea); e) hablantes de mbyá (lengua de grupos aborígenes que habitan en asentamientos aislados, asediados por la presión de los blancos). En este mosaico no podemos dejar de mencionar que las corrientes inmigratorias de polacos, ucranianos y escandinavos han sido muy numerosas y se han afincado en la región sin el mantenimiento a ultranza de la lengua inmigrante en segunda y tercera generación como los alemanes, sino que han adoptado la estrategia de tomar al español-argentino como lengua franca, un modo de facilitar la inserción de sus descendientes y de su propia integración en la comunidad. No obstante, hay que tomar nota de la presencia de este acervo semiótico, un imaginario polifónico poblado de vestigios lingüísticos, de relatos, de comidas, de costumbres, de música, etc. que forman parte de lo que denominamos *horizonte familiar intercultural*. Aunque el niño hable la variante misionera del español-argentino, conlleva este bagaje familiar singular y relevante.

Los *umbrales* surgen en las fricciones y las crisis que provocan *cultura escolar* y *lengua oficial* en las redes semióticas diferentes del *mundo-niño* proveniente de los contextos antes mencionados. Los estudios hasta el momento realizados (Camblong, 2005), nos autorizan a postular un conjunto de componentes



semióticos en conjunción simultánea y/o secuencial, que podrían enumerarse en acotado inventario: 1) *clima saturado de extrañeza*, turbulencia global de la semiosis, interpretantes desencajados, volátiles, crisis integral de hábitos consolidados; 2) *cronotopía de pasaje*, de movimiento constante, de tránsito y transitorio, con nítida conciencia semiótica de atravesar diferencias, deslindes cambiantes y dispersos entre el mundo familiar-vecinal y el escolar; 3) *semiosfera incoativa*, con prácticas semióticas en inauguración, avances y retrocesos continuos, ensayos, intentos, pruebas, repeticiones dispersas y con variaciones continuas; 4) *relieve fático*, pertinencia especial de contactos interactivos, singular despliegue de improntas indiciales (miradas, olores, roces, posturas corporales, distancias, objetos en circulación, lugares); 5) *pertinencia de los silencios*, mutismo y taciturnidad interpretantes de la indefensión, del miedo y de la resistencia; 6) *descentramiento del lenguaje*, las prácticas lingüísticas pierden su potencia semiótica y estructural, inseguridad, tartamudez y balbuceo imponen su intermitencia en las producciones discursivas inestables y alteradas; 7) *emergencias tímicas*, “temor y temblor” –dice el filósofo– intimidad asediada, violentada y a la vez en vilo, euforias y disforias en continuidades intempestivas; 8) *riesgo de catástrofe*, si la crisis no encuentra alternativas ni atenuantes, el *mundo-niño* colapsa, se derrumba y permanece en suspenso con imposibilidad de aprendizaje. Este abismo semiótico supone tanto la máxima violencia padecida por el niño, cuanto la demanda de un trabajo pedagógico intensivo para recuperar la posibilidad de ingreso en la cultura escolar. Como se podrá apreciar en esta excesiva compactación teórica, nuestra investigación pragmática utiliza categorías provenientes de diversos autores y marcos epistemológicos diferentes, condición de trabajo que no negamos y que simplemente resulta efectiva para dar cuenta de acontecimientos de extrema complejidad. La propuesta que diseñamos para alfabetizar en estas fronteras de la *estancia mestizo-criollas* supone, entre otras muchas cosas, los cuidados que exige la docencia en *los umbrales*. Dicho sea de paso, los umbrales no “están” exclusivamente en el inicio escolar, sino que se mantienen y emergen en intermitencia continua, la *umbralidad* centellea o irrumpe como relámpagos, a lo largo de toda la escolaridad, y hasta en desempeños universitarios.

Ahora bien, acudimos al dialecto local para tomar un giro coloquial que traduce este estado de umbral; este giro se utiliza con asiduidad en el diario

trajinar de nuestro hábitat fronterizo. Cuando alguien atraviesa una situación incómoda, que vulnera sus costumbres más queridas, más íntimas y más sólidas, dice *no me hallo mismo*... El uso reiterado de *mismo*, tanto para enfatizar la negación como la afirmación, se convierte en una baliza discursiva que escande el fraseo de la conversación y distribuye el énfasis de algunas certezas. En las antípodas, cuando se viven circunstancias gratificantes, acordes con las convicciones y hábitos consolidados, cargados de afecto y sensibilidad primaria, se suele decir *me hallo demasiado mucho*. La redundancia *demasiado mucho*, típica del barroquismo mestizo, enrosca su voluta de remate exasperando la intensidad de la afección y el júbilo íntimo del instante.

Si del dialecto local se trata, podríamos afirmar que el niño *no se halla mismo* en el comienzo escolar ni con los protocolos consolidados del sistema educativo. ¿Por qué traemos a escena este giro coloquial? Pues porque el uso del verbo *hallar* en el dialecto, guarda en su tesoro semántico una memoria atávica de significaciones arcaicas. En breve incursión filológica se podría acotar que *hallar* viene del latín *afflare*, soplar hacia fuera o rozar algo con el aliento", acepción que luego se desplaza al "husmeo del perro en busca de la pista; luego, hacia el s. X se disemina en las lenguas romances con los significados más modernos (Corominas, 1961: 314). El uso coloquial que persiste en estos bordes aislados deja chisporrotear aquel sentido primario que husmea el territorio en busca del olor familiar, los indicios más amados, más intensos que arroparon y alimentaron el cuerpo en un arraigo simbólico que incorpora hábitos, espacios, ritmos, tiempos, sonidos, aromas, todo envuelto en lenguaje para configurar la intimidad más entrañable. El aliento de la *sopa semiótica* que lo crió deja huellas irreversibles y sopla hacia fuera los roces de una experiencia consistente que abreva en la primeridad (Peirce) sensible, afectiva y pasional. Cuando el niño atraviesa los *umbrales escolares* inaugurando un desempeño semiótico y lingüístico que le resulta extraño y difícil, tiene por delante una tránsito cuyas cartografías han sido estudiadas, descritas y trazadas por la bibliografía especializada. Pero, cuando las singladuras del umbral no registran la violencia ejercida sobre las diferencias de los habitantes fronterizos y mestizo-criollos, se borran completamente todos los discursos y documentos que teorizan sobre "diversidad", "multiculturalidad", "bilingüismo", etc. (categorías con las que polemizamos). Es que no se trata de "tolerancia", es que no se trata de

traducciones bilingües, se trata de otro universo semiótico que los laboratorios de "lenguas extranjeras" no logran atender ni entender.

Si el niño de los bordes mestizo-criollos *no se halla mismo*, es porque el universo escolar descalifica, niega y excluye su mundo familiar-vecinal. La metodología de enseñanza de "segunda lengua" no funciona, no responde a la demanda de estos ciudadanos que, aunque hablen español, registran severos atolladeros para cumplir con una alfabetización básica. Sin entrar en detalles más específicos, podríamos afirmar que el nudo gordiano del *umbral* finca en el rescate y revalorización de los discursos orales. Hay un prejuicio inmenso y muy instalado por desgracia, en la cultura escolar mandona, arbitraria, despectiva y condescendiente a la vez. "Cómo alfabetizar a estos *pobres niños*" y "qué le podemos pedir a *los pobrecitos*", son retahílas infaltables que coexisten en paradójica simultaneidad con duras exigencias "no te saben escribir al dictado" "si no escriben en cursiva no pueden pasar". En fin, no son los docentes en sus desempeños individuales el blanco de un diagnóstico fecundo, sino la persistencia obstinada de un imaginario colectivo, histórico y colonizado que desprecia, que no comprende ni acepta el mundo de los bordes mestizo-criollos... El *umbral* podrá configurar un cronotopo adverso, pero también podrá devenir en un enclave de hospitalidad respetuosa que encuentra la modalidad más amigable en *la conversación*. Esto es: dejar que el niño hable, se explaye en relatos, anécdotas, descripciones, no importa en qué lengua, no importa qué "interferencias" (metalenguaje que jamás emplearemos), lo importante, lo nodal es escuchar, aceptar y *hacerle sentir* (esto no se logra con metodología universal, sino que depende de posiciones ideológicas, éticas y conceptuales) que su mundo vale, que su conversación puede entrar a la escuela sin censuras ni estigmas. El pasaje del *umbral* supone una travesía cuyas peripecias pueden afrontarse siempre y cuando se acepte con toda amplitud el acervo familiar y vecinal de los niños. La hipersensibilidad infantil husmea (¿a lo perro?) los nítidos indicios de su mundo que "está y no está" tratado y destrutado por los rituales escolares, y entonces, con justa razón, exclama *no me hallo mismo*...

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bajtín, M.M. (1975)** *Teoría y Estética de la novela*. Madrid: Taurus, 1989.
- Camblong, A. (2005)** *Mapa semiótica para la alfabetización en Misiones*. Posadas: Universidad Nacional de Misiones-Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación.
- Corominas, J. (1961)** *Breve Diccionario Etimológico de la lengua castellana*. Madrid: Gredos, 1996.
- Lotean, I.M. (1996)** *La semiosfera. Semiótica de la cultura y el texto*. Madrid: Cátedra.
- Peirce, Ch.S. (1965)** *El hombre, un signo*. Barcelona: Ed. Crítica. 1988.

### **CAMBLONG, ANA**

"Estancias mestizo-criollas", en: **DE SIGNOS Y SENTIDOS / 11**. Santa Fe, Argentina: ediciones UNL. Año 2010, pp. 151-162.